

Escribir sin papel

Relatos



## EL VIEJO DICTADOR

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en [www.escribirsinpapel.es](http://www.escribirsinpapel.es)  
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



## EL VIEJO DICTADOR

El camino que sube hasta la cumbre es estrecho, a tramos tortuoso, a tramos llano y llevadero; aunque comienza transitable para dos cabalgaduras, a los pocos kilómetros se vuelve angosto y difícil incluso yendo con un solo mulo. La ascensión transporta con suma facilidad a quien la emprende a la imagen mística de la elevación a la región pura y superior del alma. Se mezclan los aromas de miles de plantas silvestres y de maderas olorosas. La humedad llena cada vez más el aire, de manera que la respiración se le vuelve al caminante más y más difícil. Hay largos trechos en los que la cabeza debe agacharse por lo bajo de los ramajes, y en esa postura encorvada, los hombres se vuelven humildes. Al cabo de unos minutos sin poder andar erguido, el más orgulloso ha perdido su entusiasmo y sólo le queda la resignación ante la grandiosidad de una naturaleza que se impone de forma aplastante.

El viejo dictador vive en una casucha que más parece caverna, tan sumergida en la vegetación está. Allí pasa sus días, entregado a la purificación de su alma y a la renuncia a su cuerpo. Durante el día, él sale de allí y recorre las mil sendas que conoce de memoria, atraviesa inclinadas superficies en las que los helechos le alcanzan los hombros, permanece sentado durante largas horas sobre pequeñas rocas que enseñan apenas su punta somera por encima de la vegetación. Sin saber nada del mundo de los hombres, sólo espera sumar su existencia al gran espíritu universal de la vida.

Unos pocos partidarios, los últimos que le son fieles, vigilan para que nada le suceda. Tienen su base en el arranque del camino, abajo, en el valle, a la orilla

del río, en una cabaña de troncos donde la vida es insufrible por la humedad y las alimañas. Él no sabe o no recuerda que están allá abajo, ignora su presencia y piensa que el mundo lo ha olvidado tanto como él cree haber olvidado al mundo. Los hombres de la cabaña, no más de siete, vigilan para que nada suceda a su general. Como perros, guardan su morada y su existencia. Son un filtro infranqueable para todos cuantos intentan subir. Han llegado a matar a los que traspasaron los primeros metros de subida: considerándolos enemigos, los han degollado como a animales y se han entregado después a su atroz carnicería encaminada a la eliminación material del contrario, igual que han hecho siempre, igual que su general hacía y mandaba hacer.

Los torpes movimientos de las manos del anciano no permiten ya recordar los años en que, siendo un muchacho recién salido de la niñez, se unió a la tripulación de un destartalado barco, antes un pequeño mercante, entonces casa de piratas. En él merodeaban por las islas, las costas y las playas de todo el litoral sur del país, en el Mar de la China. Sin perder la cínica sonrisa, asaltaban cargueros, asolaban aldeas, incendiaban factorías, viviendas, caravanas, y después de disfrutar del espectáculo de la sangre ajena y del sonido de los lamentos y los gritos, huían con la rapidez de la rata, desaparecían con el sigilo de la serpiente. Diez años de aprendizaje en la escuela de la crueldad, sin que se dejase jamás un resquicio a la humanidad, a la comprensión. Lo que contaba era sólo el beneficio inmediato, y a veces, demasiadas veces, ni siquiera eso, tan sólo el ejercicio de la matanza. Alumno aventajado, sin esperanza de recuperación para ninguna otra cosa, el viejo dictador había aprendido a matar como otros aprenden a leer. Quizá por eso mismo consideraba condición sospechosa en un hombre el que supiera leer; de eso desconfiaba de manera intuitiva y al ver a alguien leyendo, la mano se le iba sola a la cintura, en busca de un machete o de una pistola.

El mismo frenesí barnizó toda su vida. En cuanto la sociedad de piratas se deshizo, destruida por los rencores intestinos que la iban poblando, vagó el viejo dictador durante meses por dos o tres ciudades del sur. Solo unas veces, en compañía otras, siempre sin casa que le durara más de tres o cuatro días, malviviendo en los caminos, en los bosques, en los arrabales, en los puertos. Sus horas pasaban en un duermevela intranquilo, esperando siempre un perseguidor, huyendo por una razón o por otra, sin más razón de ser que la propia existencia.

Y como consideraba esa existencia la única causa de que el mundo siguiera rodando, al menor obstáculo recurría al asesinato, a la venganza.

El tiempo que vagabundó sin objeto no logró calmar su espíritu impetuoso. La furia con la que acometía sus acciones se hizo famosa sin que le reportara a él fama ninguna, pues nadie logró cazarlo y nadie que lo viera en alguna de estas tropelías vivió para dar cuenta de su rostro o de su voz. Consciente de que cada amanecer podía ser el último, no desperdició ni un solo día, de manera que cada jornada era un campo de batalla en el que sólo cabía la victoria o la muerte.

Aunque no le gustaba hablar de nada y mucho menos de sí mismo, tuvo alguna ocasión de desvelar con cierto orgullo ignorante este o aquel episodio de su vida en el mar. Esto le hacía ser siempre respetado entre aquellos a los que se unía, más por miedo que por adoración o sencilla admiración. Lo tomaron como ejemplo muchos a los que él mismo acabó por llevar a la ruina o a la muerte.

Cuando se enteró de que una facción guerrillera de las varias que asediaban al gobierno había entrado en una ciudad cerca de donde él estaba por entonces, abrió su sonrisa y decidió acercarse por ver si podía sacar algún provecho. Imaginó que una columna de desterrados saldría, arrastrando con ellos carros cargados de enseres, cosas en todo caso de algún valor. Serían, pensó, gente sin fuerzas para nada. En esos casos el que más ventaja saca es el ladrón. Por todo eso, entró en la ciudad. Sin embargo, no vio ninguna caravana de fugitivos sin protección. Al entrar, los propios guerrilleros lo asaltaron, tomándolo por sorpresa, lo interrogaron y lo encarcelaron con una pena de muerte sumaria. Hay que decir que no sintió por ello miedo alguno. Sí que lo alcanzó una rabia feroz al constatar que por su negligencia se había dejado coger.

Su suerte fue que, dado el elevado número de ajusticiamientos que debían llevarse a cabo en aquellos momentos tan delicados, su turno se demoraría unos días más de lo que hubieran deseado quienes lo tenían preso. Él utilizó aquella circunstancia para indagar quiénes eran aquellos soldados, pues le sorprendió el hecho de que fueran mucho mejor armados y parapetados que los propios soldados del ejército, a los que habían podido vencer en tan sólo una noche.

El sargento encargado del cuidado de los prisioneros quiso aprovechar aquella muchedumbre indefensa para hacer propaganda de las ideas que movían su lucha. Por grupos de cien, alineados en filas de hombres desesperados, pues nunca sabían cuándo le llegaría a cada uno su hora, escuchaban pesarosos la soflama del comunista. Sembraba con frecuentes citas de los padres fundadores de su doctrina los discursos y las explicaciones, de manera que era casi imposible comprender apenas unas ideas sueltas, pues el elevado lenguaje de los teóricos está muy lejos del alcance de gentes como las que constituían aquel auditorio.

De todos los condenados obligados a oír todo aquello, sólo el viejo dictador mostró algún interés. No perdía los nervios por la idea de la muerte, no compartía con ninguno de sus camaradas nada de nada, no lloraba la pérdida de familiares, no sentía nada fuera del hambre o la sed, el calor o el sueño. Por esto acudía a las peroratas del sargento con cierta curiosidad primero, luego con abierto interés, al fin con entusiasmo. Terminó por creerse las bondades que predicaba el guerrillero, y, como suele suceder a los recién iniciados en cualquier religión, abominó de su pasado pagano y quiso demostrar de cualquier manera que su fe era ya completa e inquebrantable. Se permitía romper el obligado silencio de las filas con aplausos y con vítores. Respondía incluso a las preguntas retóricas que el orador formulaba entre su torrente de palabrería con respuestas evidentes. Llamó de esta manera la atención de sus vigilantes, que aún no llegaban a saber si es que estaba convencido y lo habían ganado para su causa, o si era pura ironía cínica lo que le llevaba a tanta vehemencia.

Lo que puso en claro la sinceridad de su fe fue un suceso que acaeció en la celda en la que se hacinaba junto a decenas de condenados. La mayor parte del tiempo la pasaban los hombres en silencio, recordando, meditando, rezando o llorando. Las conversaciones eran muy escasas y siempre resultaban sospechosas para los vigilantes que montaban permanente guardia, así que pronto las cortaban con una voz amenazante. Pero un día uno de los presos, desesperado y seguro de que su fin estaba firmado ya, comenzó a hablar en voz alta, sin gritar, con entonación segura. Pretendía rebelarse contra su pobre estado, llamando al levantamiento a todos los demás; si tenía que morir, que fuese dejando clara su protesta y su valentía. Ninguno lo miraba ni le hacía el menor caso. Sólo el viejo dictador lo miró, y cuando entendió de lo que trataba su discurso, sin mediar palabra y sin dar tiempo a que los guardias pudieran callarlo antes que él, se

levantó y lo estranguló en pocos segundos. Entonces, en medio de aquellos hombres que ni se atrevían a mover un solo músculo, alzó los brazos y gritó que la revolución tenía un enemigo menos y que el pueblo podía descansar más tranquilo, repitiendo frases que había oído al sargento.

En un cuartucho que servía de oficina a los mandos revolucionarios fue entonces recibido por el propio sargento. Había un olor agrio a sudor de muchos días y de muchos hombres, contra el que nada podía el aire que tenía paso franco a través de la ventana abierta. Sobre la mesa –sólo una mesa y dos sillas eran todo el escueto mobiliario– reposaban dos libros, ambos de literatura dogmática, abierto uno y cerrado el otro. Al entrar, el viejo dictador sufrió una leve desilusión por comprender que el sargento había leído todo aquello que salía de su boca y que él pensaba que se le iba ocurriendo sobre la marcha del discurso. El calor obligaba a desabrochar las camisas hasta medio pecho.

En su fuero interno sabía que de allí podía salir derecho al paredón de fusilamiento; pero esto no lo conmovía, pues, en su estulticia, valoraba la vida en poco más que nada. Acudía a la entrevista con la calma de quien va a dormir. Bajo la vigilancia de un guerrillero armado con fusil, se plantó ante el sargento, y con su habitual insensatez le dirigió un saludo de camaradas. El sargento, con fingida importancia, se mantuvo inmóvil y en silencio durante un largo minuto. Después dirigió algunas preguntas al reo para saber algo de su identidad y de su pasado. Al enterarse de que no era un ciudadano de la plaza sino un hombre que por ventura se había topado con la ocupación guerrillera, abandonó los prejuicios que podía haber tenido en un principio: le gustaban los hombres que iban encontrando su suerte por el camino, los idealizaba como a héroes románticos y los creía posibles compañeros de viaje.

El interrogatorio pasó por alto –bien se cuidó de ello el prisionero– los años de piratería. Al final, el interrogado se mostró a los ojos del sargento como una víctima del sistema esclavista que gobernaba el país, un pobre hombre desarraigado, obligado a abandonar la noble tarea del campesino por la pobreza endémica que azotaba su región. El prisionero volvió a la celda tan tranquilo como había salido de ella. De la expresión del guerrillero nada se podía sacar, pues sus ojillos y su rictus de labios nada indicaban. Apenas se movía su rostro con los movimientos de la respiración.

Al día siguiente, lo llamaron y lo sacaron de la formación del patio antes de que diese comienzo la filípica de esa mañana. Un decurión de aquellos le entregó un uniforme y le asignó un lugar entre la tropa. Por la tarde le dieron un fusil esa misma noche montó guardia sobre las cabezas de los miles de presos que seguían esperando su destino en el destartado presidio.

En su refugio de la montaña, tantos años después, ofrece tiernos sahumerios de hierbas y flores secas a la divinidad. Se embriaga con el aroma dulzón de los rescoldos y piensa en una momentánea posesión del espíritu, algo así como una elevación a territorios más altos, una llamada del dios fecundo que lo llevaba de la mano a disfrutar, aunque sea por unos breves instantes, de la placidez de la eternidad. Después de esos momentos de intensa religiosidad, medita con los ojos bien abiertos sobre todo aquello que lo rodea y que él considera su mundo. Ve en las flores que circundan su choza los mil dedos de dios. En ellas se percibe la bondad y la belleza con la que habla ese dios a los hombres y su mensaje de calma y de libertad espiritual llega con nitidez, sin necesidad de farragosos libros que a él le han sido siempre incomprensibles. Los considera ahora una intromisión innecesaria de la limitada inteligencia de los hombres.

¡Con qué alegría recibe cada amanecer, cada luminoso atardecer, las primeras lluvias del otoño, el renacer de la primavera! Sonríe dichoso pues en todo alcanza a ver mensajes inequívocos de que ha llegado al estado más feliz del ser humano. Nada puede perturbar su paz, su beatitud. Es ya más espíritu que cuerpo. Su pobre cuerpo no es más que una rémora que insaciablemente le pide alimento y le recuerda con sus dolores que la vida aún no ha acabado. Por eso mismo, se siente feliz al comprobar que lo mantiene a raya, que no le concede ningún capricho, que nada de lo que le pida podría desviarlo de la verdadera luz y de lo que realmente importa.

Si alguna vez descubre algún calvero o un promontorio especialmente hermosos, da gracias por tener una nueva capilla en la que pasar sus horas de oración. Entonces busca siempre la oportunidad de caminar hasta allí, y al llegar se da durante horas a las letanías que él mismo, en sus momentos de mayor inspiración, inventó. Aunque viejo y cansado, baila su música imaginaria con los

ramajes y las jaras. Se deja acariciar por esos nuevos hermanos que, como él, pasan su tiempo en el silencio y la quietud de la meditación. Luego vuelve a su cabaña con el corazón renovado, quema una bandejita de pétalos marchitos y ramitas secas, de nuevo ora y se duerme sobre su manta extendida en el suelo helador de la montaña.

Los años que lleva en esa vida eremita han dejado hace tiempo de contarse. Son una sucesión continua. Al comienzo, sabía los meses que pasaban desde su llegada a aquel retiro perfecto. Pero pronto prescindió del cómputo del tiempo. ¿Para qué, si no esperaba que aquello tuviese un final? Y las cosas que no esperan acabar nunca, no tienen tampoco cuenta posible. Lo mismo que es imposible contar las estrellas del cielo, era también inútil contar los días de felicidad en los que estaba ya sumido. Tan sólo el aspecto del cielo, con sus nublados o sus radiantes azules soleados o con la vaga luz blanquecina de los días de nieve, pueden ahora diferenciar una jornada de otra, una semana de otra. El tiempo, piensa entonces, es un hilo constante sin corte alguno, que enmarca por un lado la sempiterna sonrisa del espíritu divino y por el otro la conducta de cada hombre: la bondad y la adecuación de la vida humana a las exigencias del infinito universal no deben tener altas y bajas, sino transcurrir en un continuo día a día.

Entretanto, los que persisten al pie de la montaña, más cercanos al acontecer de la realidad, miran el cielo a ver si descubren los cambios de clima, pues ellos, no tan resueltos a la resignación, soportan muy mal las tormentas del trópico en aquella cabaña calada y empapada; se asfixian en el calor irresistible del verano y se aletargan largas temporadas en medio de aquel sinvivir malsano. Suben a veces a observar las necesidades del anciano. Van dos o tres, sigilosos y ocultadizos, buscando no perturbar la paz del gran hombre. Es como andar de puntillas junto a quien duerme al fin después de un enorme trabajo, respetando el descanso merecido por alguien que se ha desgastado en la tarea de beneficiar a todos. Lo miran desde lejos, siempre tras el follaje de mil tonos de verde. No asustan a las aves para que éstas no asusten al eremita. Lo miran durante unos minutos, unas horas, y cuando constatan que todo permanece sin cambios y que nada amenaza su existencia, se vuelven satisfechos y dan abajo en la cabaña un somero parte que explica que nada ha cambiado, que pueden seguir dedicando su vida a aquel hombre.



Los años que siguieron a su ingreso en la milicia fueron una sucesión de ascensos de grado y de responsabilidad. Nunca mostró por entonces interés por trepar ni ambición alguna, fuera de la propia de todos los camaradas de alcanzar mediante la revolución el poder del país para sus líderes. Largas temporadas de inactividad en los campamentos de la selva, operaciones esporádicas en alguna población fronteriza en los límites entre el territorio de la guerrilla y el del gobierno: eso era todo. Nunca hablaba con nadie a no ser que se le preguntara algo. Desconfiaba por instinto de todos, no por cuestiones políticas o militares, sino por su total deshumanización que le había convertido en un hombre asocial. Mataba sin mostrar miedo ni ardor, simplemente mataba porque tenía esa misión.

A su campamento llegó un día uno de los jefes del movimiento. Saludó a la tropa de muchachos y hombres con una sonrisa complacida en los pequeños labios descoloridos. Para todos tuvo una pregunta, un comentario cariñoso. Quizá los mandos del campamento ya le hubieran hablado de ese joven ingresado en las filas revolucionarias desde la pena de muerte. El caso es que al llegar hasta donde estaba, el oficial que acompañaba al visitante le cuchicheó algo al oído. La conversación duró más que la que había dedicado a los otros. Se interesó por la personalidad de aquel guerrillero sin fisuras y le agradeció su arrojo y su determinación en las acciones peligrosísimas que le había tocado acometer. Él se limitó a dar rápidos golpes de cabeza que querían ser mínimas reverencias de asentimiento y renovadas muestras de sumisión y de entrega completas.

Antes de que aquella misma tarde saliera el comandante, acabada ya la visita, un compañero dijo al viejo dictador que se le requería en la tienda de oficiales. Allá que se presentó con su perpetuo desinterés, sin saber ni querer saber qué sería lo que le iban a comunicar, a reprochar o a alabar.

No hubo reproches ni alabanzas. Lo que se le tenía que hacer saber era una orden: el comandante quería que fuese con él, aunque el sargento que se lo estaba diciendo le confesó que ignoraba qué había podido ver ese hombre en un simple guerrillero como él. Al oír este comentario, al viejo dictador se le cerraron con un movimiento automático las esquinas de los párpados, pues entendía una desconfianza de ese sargento, quizá pura y simple envidia.

Con el comandante fue al campamento central. La verdad es que no había

un campamento central, sino más bien una suerte de grupo de jerifaltes que se reunían cada pocos días para tomar decisiones de importancia, pero cuya ubicación era desconocida por todos los otros. El comandante integró al viejo dictador en su mínimo grupo de cinco o seis camaradas. Pasaban el día caminando o en jeeps a través de la selva. A veces llegaban a tardar más de diez días en ver a una persona. Entretanto, caminaban y se movían sin descanso, sin fatigas, sin una queja.

Al viejo dictador se le encomendó una misión de cierta delicadeza y de gran riesgo. Él aceptó el encargo como siempre, sin pestañear. No le provocaba alegría ni miedo. Se trataba de instalarse durante unos meses en la capital del país. Allí, alojado en alguna pensión donde no levantara sospechas, debería recibir a los camaradas que le indicaran y acomodarlos o encaminarlos adonde se le ordenara. Quizá también debería preparar alguna acción de ataque en la propia ciudad. Ya se le informaría en su momento. El comandante había tenido tiempo suficiente para conocerlo y creía haber calado en el alma de aquel hombre sin alma. Esto era lo que más le gustaba de él: su disciplina era pura obediencia y estaba basada en la fe ciega en las consignas. Era el guerrillero ideal. Nunca se hacía una pregunta, así que nunca tenía una duda. Si a esto se le añadía el factor importantísimo de que era un recién llegado al movimiento y que por eso mismo no se le conocía en los archivos policiales ni del ejército, era fácil comprender que se le eligiese a él para una labor tan comprometida y en la que tanto importaba la discreción.

Fue a hospedarse en una casa cerca del puerto, en la que una anciana paupérrima alquilaba habitaciones en régimen de pensión. No es que hubiera muchas de esas casas en la ciudad, pero el trasiego constante de marinos de todas las naciones por las aguas de la región demandaba que, además de los lupanares de toda categoría, hubiera también hospedaje para viajeros sin deseos carnales.

La vieja era una pobre persona, sola ya en este mundo. Su única familia consistía en un perro y dos papagayos. Con ellos charlaba como si fuesen personas, porque los que dormían en sus habitaciones no solían ser muy comunicativos, por más que ella les intentase sacar conversación. Con los años se había acostumbrado a los silencios de sus clientes y cultivaba la discreción como un arte bien aprendido. De tal manera que en cuanto vislumbró el viejo dictador

las características de la fonda y de la patrona, decidió que era la pensión ideal para su tarea. Con la vieja se entendía de maravilla. Desde el primer momento hizo que pensara que era un joven desvalido, quizá porque la guerra lo había dejado así. Él, como siempre, dejó que fuese la mujer la que inventara su personalidad. Sin mover un solo músculo de su cara, con un hieratismo sobrecogedor muchas veces, se sorprendía cada vez más de las novedades que descubría en la persona que la vieja estaba inventando para él. El asunto lo mantuvo divertido durante las primeras semanas de estancia en la ciudad, mientras no llegaban noticias de sus autoridades ni encargos que hacer. La pobre vieja le tomó tanto cariño que pronto comenzó a tratarlo como a un familiar y se dirigía a él llamándolo hijo.

Pero la misión para la que se le había enviado a la ciudad no le permitía desviar su atención hacia nada de eso. La vieja podía tomarle todo el cariño que quisiera, pero él debía esforzarse cuanto más por no descubrir su verdadero propósito y por comenzar ya a trabajar. Así que sintió una profunda alegría cuando por en cauce establecido se le hizo llegar su primer encargo. Debía asesinar a un funcionario de la aduana recién nombrado que estaba siendo un obstáculo para la entrada de compañeros en el país por vía aérea. En dos días localizó al policía, escrutó por encima sus costumbres de entrada y salida en las oficinas de aduana y resolvió la mejor hora y la manera más apropiada para matarlo. Cuando le rebanaba el cuello con un enorme machete, impidiendo con la mano que el hombre hiciese el más mínimo ruido, sintió un enorme placer, sintió que volvía a tener alguna razón para seguir por el camino en el que caminaba. Y eso que, al cabo de unos minutos, mientras huía a pie por las avenidas de la ciudad, notó que, antes de morir, el policía le había hincado sus dientes por ambos lados de la mano y que en su fuga iba dejando un reguero de sangre.

Tuvo que esperar a que la herida dejara de sangrar para llegar a la pensión. Luego inventó una excusa improvisada para la vieja y se fue a dormir. Muchas veces recordó luego aquella noche. Durmió como no sabía que se podía dormir: descansó sin que nada le molestara, hundió su cuerpo en el jergón y se dejó llevar por el sueño reparador de quien ha cumplido su mayor obligación.

Otros encargos fueron llegando. De momento, se trataba de recibir a camaradas y de ponerlos en contacto con quien le hubieran dicho en cada caso.

En total serían no menos de cuarenta o cincuenta. Llegaban de la ruta comercial con el país vecino, aprovechando la falta de rigor de las costumbres aduaneras, propensas al soborno en los niveles altos y al opio en los niveles de a pie. El viejo dictador se entusiasmó con su cometido y lo cumplía con gran celo profesional. Esperaba los datos de la llegada del camarada, lo recogía, lo escondía y lo destinaba a donde le hubieran encargado que lo destinara.

Poco a poco fue cogiendo confianza, sin perder jamás el cuidado sobre su persona. El instinto de la selva recorría su sangre. Llegó, no obstante, a hablar con los recién llegados. Estos eran agentes que venían del exilio o de misiones de representación ante gobiernos o grupos amigos, siempre en busca de apoyo financiero o de entregas de armamento. Todo esto el viejo dictador no lo sabía. Tan sólo entendía que eran hombres que se incorporaban al ejército en el que él militaba. Pero también quiso servir de filtro, extralimitándose en las funciones que tenía encomendadas. La verdad fue que, en una ocasión, el recién llegado se mostró más explícito que los otros. Era un muchacho joven y esa inexperiencia se dejó notar en las sinceras sonrisas que regaló al viejo dictador, tan poco acostumbrado a que le sonrieran. A lo largo de la conversación, la desconfianza hacia este joven agente creció, acompañada por un sentimiento de repugnancia por las formas exquisitas y los modales casi amanerados que mostraba. Lo ocultó, tal como hacía con todos, en un inaccesible agujero que había preparado en un lugar elevado del vertedero del puerto, entre basuras y basureros. Pero después, al pensar en cómo había transcurrido la entrevista entre los dos, decidió que podía ser un agente del ejército nacional, ataque contra el cual ya lo tenían bien advertido los que lo habían preparado para esa misión. Esa misma noche, acompañando al nutrido grupo de rebuscadores que removían los despojos que habían sido arrojados al final de la actividad diaria, se acercó al agujero refugio. Dijo en un susurro la contraseña convenida. El pobre muchacho, que dormitaba por el cansancio de los días de viaje, asomó la cabeza a la superficie, extrañado del poco tiempo transcurrido. El guerrillero, inflado de fervor revolucionario, segó de un tajo el cuello del otro, empujó con la punta del machete el cuerpo hacia el fondo del agujero, y siguió como rebuscando, como mirando aquí y allá, intentando parecer uno más de la masa de basureros. Pasado el tiempo oportuno, bajó a su pensión y se acostó a dormir.

Mira tú por dónde, resulta que acertó el guerrillero: el sujeto en cuestión

era un intento de infiltrar a un agente de la policía en la estructura del ejército subversivo. No era desde luego la primera vez que algo así se intentaba o se llevaba a cabo, pero nunca había visto algo así el viejo dictador. Al día siguiente, cuando despertó y aún estaba en su cama meditando vagamente sobre lo ocurrido y sobre lo que consideraba que debía hacer, cayó en la cuenta de que si era en realidad un agente del contraespionaje, pronto irían a por él, pues era evidente que a él lo tenían controlado. Hizo su cama con el mismo cuidado de siempre y se despidió de la patrona, dejando que ella le besara la frente como a un hijo que se va a un peligro incierto.

La policía llegó antes del mediodía. A la pobre mujer la interrogaron y la amenazaron durante horas. Ella no dijo nada. Mantuvo que el hombre que buscaban hacía dos días que ya no estaba allí, que se había marchado después de pagar su mensualidad y que no le había dicho nada de su destino inmediato. Quizá esa era la primera vez que mentía en su vida, pero intuyó que el joven estaba en peligro, que ella era la única persona que podía ayudarle en esas circunstancias, que esa era la única cosa que podía hacer ella en ese momento. Los policías se fueron después del violento registro de la habitación del joven y de reiterar las amenazas a la vieja.

Pero las amenazas las cumplió el viejo dictador. Espió con calma todo lo que iba sucediendo, agazapado tras unas maderas que guardaba un almacén cercano a la entrada de la casa. Cuando vio que la policía se iba del edificio, consideró que la mujer podía haber dicho algo, y si no había dicho nada, podía decirlo más tarde. Así que entró en el edificio y acuchilló a la mujer. Luego prendió fuego a la casa y saltó por un ventanuco hacia otras azoteas que conocía bien. De una en otra llegó a refugio seguro. Escapó de la ciudad por rutas de confianza y enlazó con los suyos a los pocos días.

Contaba su gesta ante los mandos sin mostrar orgullo ni miedo. Los capitostes lo miraban con cierta admiración. El comandante que lo había destinado a esa misión se pavoneó ante los suyos presumiendo del tacto que demostraba al elegir a los hombres. Su confianza en el joven guerrillero creció y lo dejó a su lado para reservarlo para otras misiones que pudieran surgir.

El joven guerrillero, lejos aún de pensar en su futuro como gobernante, ya

iba dejando de ser tan joven. Los años que cumplía no eran entonces menos de veinticinco, y la vida de peligros y de privaciones lo avejentaban más de lo que era natural. Su rostro siempre había tenido un aspecto de viejo prematuro que ahora se iba acentuando. No obstante, no terminaba de salir de su nube de ignorancia, de su no comprender los detalles de lo que lo rodeaba. Esto, claro está, le importaba cada vez menos, si es que alguna vez llegó a pensar en ello. Los reconocimientos que recibía lo envalentonaron y le dieron seguridad. La desconfianza que desarrolló siempre hacia todos los demás se iba transformando en desprecio. En algunos casos, en odio abierto. Todo, sin embargo, quedaba dentro de sus pensamientos, nunca demostraba nada, jamás hablaba, no conocía la intimidad ni tan sólo la amistad con otro.

Lo que pasó en los meses que siguieron a su estancia en la ciudad no está bien documentado. Tampoco debe importar mucho. El guerrillero se limitaba a cumplir escrupulosamente sus órdenes, deleitándose en la muerte de los demás tanto como en la humillación de sus compañeros. Pero su instinto astuto le fue granjeando cada vez más confianza por parte de su superior. De tal modo que cuando alcanzaron a conquistar la capital del país, algunas semanas antes de la claudicación total del gobierno, él acompañó a su jefe codo a codo, presenciando y muchas veces ordenando el baño de sangre que vino a continuación. Fue él quien tuvo la ocurrencia de expulsar a punta de fusil a todos y cada uno de los habitantes de la ciudad, que juntos sumaban más de quinientas mil personas, y obligarlos a vagar por selvas y campos en los que más de la mitad murieron de hambre, de sed, de fatiga, atacados sin piedad por cuatrerros y piratas, sin más pertenencias que la ropa que llevaban, pues incluso les prohibieron llevar calzado de ninguna clase.

Hoy, después de que estuviera lloviendo con furor durante toda la mañana, tres soldados del puesto de vigilancia han subido con sigilo hasta la cabaña del gran hombre. Los tres han subido sin hablar, porque la humedad les impedía respirar con facilidad. Iban dos soldados de los más jóvenes acompañados por el teniente que está al mando del grupo. El teniente siente veneración religiosa por su caudillo, y ha sabido transmitir ese respeto y esa reverencia a los demás. Ahora, después de los meses, quizá ya varios años, a ninguno de ellos le queda un solo motivo para vivir que guardar el retiro del gran hombre.

La mayoría son soldados de poco rango, muchos de ellos ya cuarentones. El teniente tiene treinta y ocho. Tenía treinta y ocho cuando se instalaron allí. Algunos son aún muchachos de no más de veinte años, sin más vida que el hambre, la leva, las órdenes y los meses en aquel escondrijo.

Otras veces que llueve como hoy, el viejo dictador sale de la cabaña y recorre algunos metros, parece que busca algo o que ha salido al encuentro de un animal que sólo se deja ver tras la lluvia. Husmea por las rocas y las cortezas de los árboles, y se detiene en un lugar, contemplando algo que sus guardianes no alcanzan a distinguir. Ni lo pretenden, claro está. Lo dejan feliz en lo que saben que es un momento de disfrute.

Pero la tormenta de hoy ha tenido también su parte de relámpagos. Hay que subir a ver cómo está todo. Y todo está bien, pero el gran hombre no sale de su casucha. El teniente incluso ha dicho en voz audible el tratamiento y el nombre con los que se dirigían al tirano unos años antes. En vano, porque él no ha contestado ni se ha dejado ver. Uno de los muchachos, por indicación de su teniente, ha asomado su carita inexpresiva por el ventanuco del mechinal. Dice que el anciano está tumbado, dormido entre un sahumero de hierbas olorosas.

El teniente ha bajado preocupado el sendero hasta su campamento. Han esperado, eso sí, a que cayera la noche, apurando hasta el último momento, por si el anciano decidía salir a buscar algunas raíces o algún hongo, husmeando por las cortezas de los abedules.

Este teniente, que hoy al llegar al campamento no ha querido hablar mucho y que se ha mostrado cabizbajo y pesaroso, este teniente tuvo hace mucho tiempo una familia y una casa y un pueblo. Pero lo abandonó todo por seguir a la columna de guerrilleros soldados que comandaba el viejo dictador, reclutados en las comarcas cercanas para ocupar las casas de la capital, una vez tomada. Nadie quiso perderse aquel momento histórico: por fin el pequeño país, condenado por siglos a la miseria, podría tener una oportunidad de despertar. Eso era al menos lo que se prometía desde las proclamas permanentes que repetían las emisoras de radio.

Pero la realidad era que jamás estuvo el pequeño país tan lejos de una oportunidad, de cualquier oportunidad. Nunca había estado más en la ruina, tanto de fortunas comunes como de privadas. La única industria que aún funcionaba con regularidad y quizá con beneficio era una planta de elaboración textil, de propiedad europea. Era lo último que servía de recuerdo de la época colonial, además de las casas construidas en las ciudades costeras por los colonos y los administradores europeos, hacía ya más de un siglo. Ahora eran centros militares en toda la gama de sus variantes: oficinas de reclutamiento, centros de intendencia, almacenes de recursos y de artillería, penales, comandancias, subcomandancias, capitanías, tenencias, retenes,... Hasta un enorme hangar, un antiguo almacén de maderas tropicales, que se destinaba a garage del parque móvil. Estuvo vacío siempre, porque aquel ejército, creado y crecido en la selva, no tenía coches.

Se sucedieron unos meses de sangrías bárbaras, matanzas en masa como sólo los hombres saben inventar. Se llegaba a las poblaciones y se preguntaban dos o tres cosas antes de pasar a cuchillo a cuantas criaturas fuera necesario para saciar la crueldad del capitán o sargento que mandaba en cada ocasión. Se les mataba a tiros cuando era posible, a machetazos casi siempre, ahorcando si eran pocos, defenestrados si había alguna construcción que lo permitiera. Unos eran asesinados ante sus familias, otros ante la fosa que habían cavado unos minutos antes. Pero lo que suponía el denominador común de todas esas carnicerías era la presencia de testigos, porque adornaban sus crímenes con el barniz propedéutico de la enseñanza. Así acababan vuestros enemigos, era la consigna que decían a los expectadores de la masacre. Esta era la lección que todos debían aprender: se luchaba con coraje para educar a la población. Y eso que muchas veces lo que estaban presenciando era la ejecución de sus propios hijos.

En la sombra, sin dejarse ver casi nunca, seguía su labor convencida el viejo dictador. Cumplía las órdenes sin discusión. Pero casi no le llegaban órdenes: él era quien sugería a sus mandos –al nuevo jefe del estado– las ideas que se le iban ocurriendo para establecer el régimen de liberación del pueblo. Cayeron bajo su control las escuelas y todo el magisterio. Nunca se había encarcelado a tantos maestros. La mayoría pereció en las mazmorras al cabo de unos meses o de unos años, olvidados todos de ellos y ellos de todo.



Ocurrió entonces un suceso determinante en la carrera del guerrillero político. Descubrió una conjura de capitanes que pretendían hacerse con el poder. Así lo desveló a su general. A decir verdad, no se lo dijo hasta que los conjurados estaban a punto de ser ejecutados. De esta manera creía que ganaría a los ojos de su jefe, y sin embargo ocurrió lo contrario. Pues el jefe, que ya empezaba a cansarse de todo aquello y que añoraba los años de la guerrilla en la selva, se vio obligado a firmar unas sentencias de muerte contra unos militares que en otro tiempo le habían sido muy queridos.

Aquel viejo soldado, quizá cansado de tanta muerte a su alrededor, firmó el documento sin hablar y sin mirar al eficaz segundo que se lo ponía delante. En su fuero interno lo vio como un arribista, un cortesano sanguinario que tramaba contra todos. Se levantó y se fue sin saludarle.

El viejo dictador, que esperaba la felicitación y el agradecimiento, se encontró con el desaire. No le pasó inadvertido. Perdió en un minuto la fidelidad que profesaba hacia el hombre que lo había situado ahí arriba. Lo siguiente fue decidir su eliminación y colocarse en su lugar. El problema era que no tenía amigos y no podía contar con nadie, como no fuera gracias al miedo y a la coacción. Se valió de lo que sabía de unos y de otros. Reunió en pocos meses un grupo de segundos a los que hizo ver uno por uno que los tenía en sus manos por motivos reales o inventados, en aquel momento eso daba lo mismo. Todos le juraron fidelidad y se juramentaron contra el presidente. Bastó una excusa, urdida con torpeza y llena de sinsentidos, para acusarlo de traición al pueblo: había querido comprar armamento a sus vecinos y enemigos con dinero destinado a alimentar a los hijos de los campesinos sin recursos. Nadie había pensado nunca en alimentar con dinero del estado a esos pobres niños. Ningún vecino, ni amigo ni enemigo, habría vendido armas al gobierno de ese país.

Se le ahorcó tras una sentencia condenatoria que era el primer documento que el viejo dictador firmó como presidente del país.

Lo que vino después fue una sucesión de siete años de despropósitos sangrientos. Hay que reconocer que nunca el antiguo bandido y guerrillero quiso acumular una fortuna personal, que no tuvo cuentas bancarias en el extranjero ni hizo pactos con los magnates del tráfico de opio del norte del país. Se mantuvo

personalmente en la pobreza de propiedades en la que mantuvo al país entero. Porque, aunque él no se lucró, nunca quiso ver la corrupción de los que lo rodeaban y le garantizaban el mando. Estos sí que amontonaban cuanto podían, extrayéndolo del robo a los ciudadanos y de las confiscaciones constantes en beneficio del pueblo.

En aquellos siete años, murieron millones de hombres y mujeres. El hambre y la represión política diezmaron la población. Nadie sentía ilusión por nada, ni individual ni colectiva, y el avance de epidemias de cuando en cuando, era visto por muchos como una liberación, un poder morir sin llegar al suicidio. ¿Cómo exponer en unas hojas el proceso que llevó a la muerte a tantos hombres, a la furia a los ladrones, al miedo permanente a todos; cómo dar cuenta de los pasos que llevaron a que no quedase abierta ni una sola escuela, a que no circularan más que dos trenes por semana, a que no se salvaran de ser devoradas por la selva más que doscientos kilómetros de carreteras?

En la ceremonia ritual de acción de gracias al líder por su dedicación y sus desvelos, ceremonia que cumplían cada año sin fallo todos los sectores de la sociedad, conoció el dictador a un antiguo sacerdote de una secta espiritualista zen. Algún comentario que hiciera el anciano sorprendió al dictador. Nadie lo oyó. Tal vez el propio sacerdote lo dijera sin propósito alguno. El caso es que el presidente solicitó la presencia del viejo a los pocos días en la sede del gobierno.

Desde ese día, el viejo dictador pasaba muchas horas hablando con el sacerdote. En realidad, el hombre no hacía otra cosa que explicarle los fundamentos de la religión que profesaban la mayoría de los ciudadanos del país, pero eran cosas que el niño pirata nunca había escuchado y desconocía por completo. Como todas las doctrinas, tenía una base teórica y una manera de aplicación a la vida de todos los días. Lo que oyó el dictador fueron los rudimentos teóricos y sus exigencias éticas: renuncia total, búsqueda de la armonía con el cosmos, huída de lo humano por considerarlo bajo, un peso para el alma, etc.

Igual que se había dejado seducir por las comandas revolucionarias en su juventud, se vio ahora atraído a la forma de pensamiento de este hombre, un ser de grandes creencias, culto, experimentado en la enseñanza de los recovecos de

su doctrina. Así que, repitiendo el proceso por el que se había hecho ferviente comunista, ahora se hizo devoto entregado: sin un atisbo de crítica, con una aceptación sin argumentos de cuanto oía.

Cuanto más se imbuía de conocimientos y de deseos de poner en práctica esa forma de vida, más le aburría el poder político. Se fue apartando del control de todo. Pero no pensó en dejarlo. No pensó en nada, eso es lo cierto. Así que el reino corrupto de sus secuaces encontró el campo fértil en el que florecer. Sin el ojo del líder detrás de la espalda, ellos se abandonaron a sus latrocinios y sus corruptelas.

El final vino por dos caminos: una guerrilla nutrida por el dinero y los militares del país vecino se formó por el norte y logró cuajar en toda aquella zona. Por el este entró un ejército de antiguos militares, abastecido y amparado por las potencias occidentales. Su avance, cada uno por su lado, fue rápido y no tardaron en encontrarse y sumir al país en una nueva guerra. Esto demoró unos meses la caída del régimen del viejo dictador.

Este pasaba cada vez más tiempo dedicado a las conversaciones con el anciano sacerdote. Hasta que murió el pobre viejo. Entonces, el viejo dictador se hizo llamar líder espiritual. No quiso, menos mal, que todo el país viese la luz a la par que él. Bastaba con que algunos le fueran fieles y respetaran su dedicación a la contemplación. Al cabo de un tiempo, él pasaba todo el día solo, encerrado en un minúsculo templito del que salía sólo a pasear por el jardín del antiguo palacio en el que vivía como presidente.

Ni siquiera se enteró de que lo llevaban fuera de allí. El mayor asesino que había conocido la historia de toda aquella región, viajaba ahora entregado a la contemplación de la armonía de la naturaleza y creía que había nacido en su cuerpo un nuevo espíritu, como una reencarnación sin tener que pasar por la muerte.

El grupo de seguidores lo transportó in extremis, cuando las milicias de uno de los dos nuevos bandos en guerra estaban a unos pocos kilómetros de la capital. Lo llevaron a un lugar recóndito de la sierra, de una de las innumerables sierras que elevaban el territorio en el centro del país. Él no preguntó. Se instaló

en la cabaña que le construyeron y sonrió agradecido a quienes lo acompañaban.

Quizá era su primera sonrisa.

Hace ya muchas semanas que no hay señales de que nadie quiera acercarse. Los soldados del puesto del valle han perdido todo contacto con su sociedad. El oficial que los manda está cansado. Sólo la lealtad los mueve a seguir allí.

Al día siguiente de aquel que lo vieron tumbado e inmóvil, sube el teniente muy preocupado. Baja llorando. Todos pueden entonces ver que el hombre ha muerto. Se ha fundido con la naturaleza, como ha descrito piadosamente el teniente. Una muerte beatífica, sosegada, feliz. La muerte ha alcanzado al viejo dictador como un paso hacia la felicidad. Aquellos hombres sienten una sensación de bienestar por ver que su adalid yace sonriente, que ha muerto feliz, en paz.

Preparan su cadáver y lo entierran a poca profundidad junto a unos abedules que parecen dioses.